

LOS FUNDADORES
DEL ZENETE

La Saga del Zenete – Gran Película

ACTO 1/4 — LA COLINA DE LAS RUINAS (1507–1508)

Prólogo (1489–1504)

Año del Señor de 1489.

La Guerra de Granada se acerca a su fin.

En diciembre, tras meses de asedio, la gran ciudad de Baza se rinde ante los Reyes Católicos. Días después, también entregan sus llaves Guadix y Almería.

Desde ese momento, el altiplano del Zenete —como lo llamaban los musulmanes, "la falda de la montaña"— queda en manos de Castilla. Un territorio de vegas fértiles, aldeas moriscas y minas de hierro en Alquife, situado a la sombra de Sierra Nevada.

En la primavera de 1490, Isabel y Fernando entregan el señorío del Zenete al cardenal Pedro González de Mendoza, el hombre más influyente del reino, apodado "el tercer rey de España".

El 3 de marzo de 1491, el cardenal transfiere estas tierras a su hijo natural, Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza. Con apenas 25 años, Rodrigo se convierte en el primer Marqués del Zenete. Nace así oficialmente el Marquesado del Zenete, pieza clave en la frontera recién conquistada.

El año 1492 sacude el mundo. Ese mismo año Rodrigo se casa en secreto con Leonor de la Cerda, buscando consolidar su linaje. Al mismo tiempo, los Reyes Católicos entran triunfantes en Granada (2 de enero) y Cristóbal Colón llega al "Nuevo Mundo" (12 de octubre). Tres hechos decisivos que marcan el comienzo de una nueva era.

Pero la boda clandestina de Rodrigo sin licencia real provoca su caída en desgracia: excomuniación y destierro.

En 1497, Leonor muere sin dejar descendencia. Rodrigo queda viudo, marcado por el escándalo y bajo la sombra de la desconfianza real.

Un año más tarde, en 1498, Rodrigo emprende su primer viaje a Italia. Pisa Génova, Florencia y Nápoles, y queda fascinado por los palacios de mármol, los patios luminosos y la armonía del Renacimiento. Allí descubre un nuevo lenguaje arquitectónico que marcará su destino: aprende que la piedra puede ser arte y que la fortaleza también puede ser palacio. Ese viaje será la semilla de su futuro proyecto en el Zenete.

En 1502, Rodrigo se une a María de Fonseca y Toledo. De nuevo sin permiso de los Reyes, el castigo es fulminante: excomuniación y prisión en el Castillo de La Mota (Medina del Campo). Durante dos años, el Marqués del Zenete permanece encerrado, mientras su linaje parece amenazado.

El destino cambia en 1504, cuando muere Isabel la Católica (26 de noviembre). El rey Fernando, más pragmático, lo libera, levanta las sanciones y reconoce su matrimonio con María como legítimo. Desde entonces, ella pasa a ser su esposa reconocida y la Casa del Zenete queda asegurada con pleno derecho.

Rodrigo entra en el siglo XVI como noble poderoso, Marqués desde 1491, viudo marcado por el escándalo, viajero inspirado en Italia y esposo legitimado en 1504, con el Zenete en sus manos y un sueño aún por construir.

Un sueño que pronto nacerá sobre las ruinas de una vieja alcazaba árabe, en lo alto de la colina de La Calahorra.

En ese mismo año de 1504, Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza, ya liberado y reconocido por el rey Fernando, decide dar el primer paso real hacia su gran proyecto: transformar la colina de La Calahorra.

Para ello recurre a la experiencia de un maestro castellano de renombre: Lorenzo Vázquez de Segovia. No es una elección casual. Vázquez estaba estrechamente ligado a la poderosa Casa de Mendoza, y había dejado huella en Castilla con obras que aún hoy se consideran joyas del primer Renacimiento español: El Palacio del Infantado en Guadalajara, orgullo de los duques del Infantado. El Colegio Mayor de Santa Cruz en Valladolid, ejemplo pionero del nuevo lenguaje artístico. Y otros palacios y conventos donde combinaba sobriedad castellana con ecos del Renacimiento.

Con él, Rodrigo asegura que sus primeros planos serán sólidos, de torres cuadradas y muros recios, fieles al lenguaje militar castellano. Es la fortaleza que impone respeto, la que muestra poder en una tierra aún marcada por la reciente conquista.

Pero el Marqués, hombre inquieto y soñador, no puede olvidar su propia visión. En su interior sigue latiendo las imágenes de Italia, que había contemplado años atrás (1498) en su primer viaje: palacios de mármol en Florencia, patios luminosos en Génova, la proporción divina de Brunelleschi. Esa semilla aún no había brotado, pero esperaba su momento.

Y el destino lo quiso así: en la primavera de 1506, Rodrigo regresa a Italia. En Génova conoce a un joven maestro lombardo de apenas 26 años: Michele Carlone. Allí hablan de Vitruvio, de proporciones sagradas, de cómo la luz puede esculpir el mármol tanto como el cincel. Michele no recibe aún un encargo, pero entre ambos nace una complicidad que marcará la historia.

Rodrigo sabe que Vázquez puede darle una fortaleza recia, pero también intuye que Carlone puede traer a su valle algo distinto: la belleza del Renacimiento hecha piedra blanca.

Las gentes del Zenete comienzan a murmurar en las plazas del valle:

—¿Será un castillo como los de Castilla?

—Dicen que traerá mármol desde Italia... ¿Mármol en el Zenete? ¡Imposible!

Rodrigo calla. Porque en su mente, en esos años entre 1504 y 1508, el sueño ya está dividido en dos mitades: La reciedumbre militar de Lorenzo Vázquez. La promesa artística de Michele Carlone.

Un choque de mundos que pronto se fundirá en la colina de La Calahorra, sobre las ruinas de la vieja alcazaba árabe, donde lo castellano y lo italiano levantarán juntos la obra más audaz del Marquesado del Zenete.

En el año de 1507, el sueño comienza a tomar forma sobre la colina de La Calahorra.

Lorenzo Vázquez de Segovia, acompañado de un pequeño grupo de maestros y oficiales, sube entre las ruinas de la vieja alcazaba árabe. No llevan aún piedra ni madera, sino cuerdas, plomadas y tablillas para trazar las primeras líneas.

Allí se cita con canteros de Guadix—Juan de Aranda y Pedro de Cifuentes—, curtidos en la extracción de lajas y en el corte del mármol local. Con ellos marcha un joven aprendiz de Almería, Martín de Sorbas, encargado de los cántaros de agua y de sostener las varas de medir.

A su lado camina también Gonzalo de Baeza, escribano, cuya mano rápida deja constancia en pergaminos manchados de polvo de cada estaca clavada y de cada orientación marcada hacia el sol.

Los hombres se dispersan sobre la loma, y bajo la dirección de Vázquez trazan con cal las primeras líneas rectas en el suelo blanco de la meseta.

—Aquí se alzaré la torre del homenaje.

—Allí quedará el patio central.

—Este será el frente hacia la gran cordillera nevada.

Los murmullos del viento parecen mezclarse con la voz de los que trabajaban, como si la tierra misma reconociera que algo grande estaba por nacer.

En las aldeas cercanas, los moriscos del valle observan con recelo, mientras los campesinos castellanos hablan en las tabernas de Ferreira y Jérez:

—Dicen que el Marqués levantará un castillo tan grande que se verá desde toda la vega.

—Otros cuentan que traerán piedra blanca desde Italia.

—¿Quién ha visto jamás ese mármol en el Zenete? ¡Pura locura!

Pero mientras el pueblo duda, los replanteos siguen. Día tras día, Lorenzo Vázquez anota medidas, levanta croquis rudimentarios y ordena estacar el terreno.

En el año 1508, los trabajos de replanteo están concluidos. Las líneas del proyecto quedan grabadas en la tierra como una promesa sellada.

Los hombres bajan de la colina, dejando tras de sí estacas, marcas y papeles que serán la base de la construcción.

Así termina la primera etapa: la Colina de las Ruinas ya ha sido reclamada por la visión del Marqués.

A partir de entonces, todo está preparado para el siguiente paso: los cimientos, que comenzarán a levantarse en el año 1509.

A sí terminó mi Colina de las Ruinas: estacas clavadas, trazos de cal sobre la meseta y pergaminos manchados de polvo. Yo quedé marcado como promesa, esperando el instante en que mis huesos de piedra se hundieran en la montaña.

En el año del Señor de 1509 los hombres regresaron. Las cuadrillas excavaron zanjas profundas hasta la roca firme, buscando asiento seguro. La antigua alcazaba musulmana fue desmantelada: sus muros, bastiones y albercas dieron piedra para mis cimientos. Yo absorbí esa memoria: lo islámico y lo cristiano fundidos en mi raíz.

Hornos de cal ardían en la ladera, alimentados con pinos y encinas de la Gran Cordillera Nevada, produciendo la argamasa que unía piedra y ripio. Arena de los barrancos, agua de las fuentes y cal apagada dieron fuerza a mis entrañas.

Canteros de Guadix, como Juan de Aranda y Pedro de Cifuentes, cortaban la roca con mazas y punteros. Martín de Sorbas acarreaaba cántaros de agua y sostenía varas de medir. Gonzalo de Baeza, escribano, dejaba constancia de jornales y acopios en pergaminos.

Desde lo alto, mi señor Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza contemplaba en silencio. Bajo su mandato, Lorenzo Vázquez de Segovia dirigía los trabajos con rigor castellano: planta regular, muros de mampostería careada con sillería en esquinas, arranques firmes y cimientos con zarpas.

A mi alrededor trabajaban cuadrillas moriscas del Zenete, obligadas a aportar manos y fuerza. Sus voces en árabe resonaban entre golpes de maza. Los jornaleros castellanos rezaban antes de fijar cada hilada. Pan, vino y sal bendijeron el terreno, sellando el pacto con el cielo y la tierra.

Desde Valencia llegaron fundidores y carpinteros: el hierro forjado en tirantes y grapas aseguraba empujes de muros y bóvedas; la madera sostenía andamios y cabrias.

Yo nací mestizo: castellano en mis muros, morisco en mis cimientos, valenciano en mis hierros.

El año se consumió entre sudor y polvo, y en medio de ásperas discusiones de criterio entre Lorenzo Vázquez y Don Rodrigo.

En verano, el Marqués envió una llamada discreta hacia el Mediterráneo. Mandó buscar a un joven maestro lombardo, al que había conocido en Génova tres años atrás. Tenía entonces veintinueve años, nacido en Carrara en 1480: Michele Carlone.

El eco de aquella llamada recorrió mares, vientos y costas. Y al filo del invierno, en los últimos días de 1509, Carlone llegó a mi colina.

No puso aún su mano sobre mí, pero sus ojos se posaron en mis muros recién nacidos. Yo sentí su mirada: traía consigo Italia, los mármoles blancos y la promesa de un palacio que aún dormía en sus manos.

Así cerró el año de 1509: mis cimientos hondos y anchos, mis muros ya en arranque, y la llegada de un

arquitecto que sellaría mi destino.

Yo dejé de ser ruina, dejé de ser promesa. En 1509 me convertí en cimiento y destino eterno.

El tiempo traerá sangre y mármol.

El año de 1509 concluyó con tensiones. Mi señor Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza había confiado en Lorenzo Vázquez de Segovia para alzar mis primeros cimientos. Él me dio arranque firme, muros recios y espíritu castellano... pero donde Vázquez de Segovia veía sobriedad y fortaleza cerrada, Rodrigo soñaba con la claridad del Renacimiento. Con respeto, pero con firmeza, el Marqués puso fin a su labor. No fue afrenta, sino cierre de un ciclo: Castilla había hecho su parte... pero Italia estaba por llegar.

Y entonces, en el horizonte del mar apareció un navío. Sobre su cubierta venía Michele Carlone, hijo de Carrara, portador de columnas y símbolos de mármol blanco. Cuando llegó a La Calahorra, el pueblo entero salió a la plaza, entre casas encaladas, murmullos y niños corriendo. Don Rodrigo lo recibió solemne: aquel instante selló el relevo. Castilla había puesto mis cimientos, Italia traería mi piel de arte.

Desde las canteras de Carrara, los bloques descendían con sudor y lágrimas. Cuñas de hierro los arrancaban, los bueyes los arrastraban, y el polvo blanco cubría cuerpos enteros. No fue un envío único, sino tongadas sucesivas: barcos genoveses, una y otra vez, cargados de columnas, losas y sillares cruzaban el Mediterráneo hasta Almería, la gran puerta del Reino de Granada hacia el mar.

En los muelles, cabrias y sogas levantaban los bloques y los cargaban sobre carretas. Y comenzaba la gesta más dura: la ascensión por el corredor de Fiñana. Día tras día, cuadrillas de hombres y animales arrastraban el mármol pendiente arriba. Los bohales crujían, las ruedas se hundían en el barro, y los látigos silbaban en el aire. Moriscos y castellanos, obligados por la misma fatiga, empujaban juntos: unos rezaban a Cristo, otros murmuraban plegarias en árabe. Los gritos de dolor resonaban en los barrancos. Hubo muertes, hombres que quedaron en el camino... pero el mármol seguía llegando. Otra tongada en el puerto, otra caravana en marcha, otro bloque camino de mi cima.

Y no solo el mármol daba forma a mi cuerpo. A mis pies, en la falda occidental de la colina, se abrían canteras locales donde jornaleros extraían piedra oscura, cargándola en carretas que subían por rampas de madera hasta encajar los sillares en mis muros exteriores. Y en la cara norte, el fuego nunca dormía: allí ardían las caleras, hornos abiertos donde la caliza se cocía hasta volverse polvo blanco. El humo cegaba los ojos, el calor quemaba la piel, pero de aquellas hogueras salía la cal viva, que mezclada con agua y arena, se convertía en la argamasa invisible que mantenía unidos mis muros.

Así, de mi propia falda salía la piedra recia y la cal que me daba fuerza, mientras desde Italia llegaba el mármol noble reservado para mi corazón: el patio central con sus columnas que parecen sostener el cielo, la gran escalera que unía tierra y sueños, las portadas y frisos donde la luz convertía la fortaleza en palacio.

En 1510 y 1511 mi cuerpo creció como criatura viva. Escaleras vainilla ascendían en mis entrañas,

galerías abiertas dejaban entrar la luz, y desde las vegas cercanas ya se me veía erguido: principalmente desde Ferreira y desde Alquife, donde los ojos se alzaban hacia mi colina para contemplar cómo me transformaba en fortaleza y palacio. Pero cada arco, cada columna, cada peldaño tenía un precio: la sangre de los hombres fundida para siempre con el mármol de Carrara.

Y así concluye este acto. Yo, el Castillo de La Calahorra, nacido del sudor, la sangre y el mármol, me alzo entre rezos y lamentos, entre Castilla e Italia, preparado ya para mi destino final.

Año del Señor de 1512.

Tras los años de sangre y mármol, mi colina dejó atrás el estruendo de las grúas, cabrias y andamios de madera, aquellos ingenios que durante tres inviernos alzaron mis muros y mis columnas con cuerdas de cáñamo y poleas de hierro.

Ya no se oían los golpes furiosos del hierro ni el rechinar de las carretas cargadas de mármol; ahora me envolvían sonidos distintos: el roce de cepillos, los golpes leves de gubias y el murmullo de los hombres repasando mis muros y mis arcos. Era el tiempo de los retoques finales, el instante en que mi cuerpo se transformaba en fortaleza-palacio.

Mis cuatro torres cilíndricas, cubiertas de cúpula, se alzaban ya limpias y firmes en los ángulos de mi cuadrado defensivo. En mí, la arquitectura militar castellana se unía por primera vez al ideal renacentista italiano. Mis muros, de mampostería reforzada con sillares en las esquinas, se cerraban con mortero de cal apagada y arena del Zenete.

Sobre mi portada, los oficiales tallaban con esmero los blasones del Marqués del Zenete, las armas de Mendoza y Fonseca, que brillaban con la luz de la mañana sobre mi piedra nueva.

Dentro, mi corazón revelaba su grandeza: mi patio renacentista, joya de mi alma, mostraba al fin su armonía completa.

Mis columnas de mármol de Carrara, traídas desde Italia por orden de mi señor Don Rodrigo, se alzaban ahora como venas de luz, pulidas hasta reflejar el cielo. Sus capiteles corintios, labrados a compás, seguían las proporciones sagradas de Vitruvio. Mis arquerías de medio punto se elevaban simétricas, formando uno de los primeros patios plenamente renacentistas de España.

Y bajo mis pies, el pavimento de piedra local, sobrio y resistente, ofrecía contraste con el lujo del mármol.

Yo mismo era ese equilibrio: fuerza castellana y belleza italiana, geometría exacta y emoción humana.

Mis yeseros repasaban las superficies interiores con cal y polvo de mármol, dejándome los muros lisos como pergaminos. En mis ventanas, los vidrieros colocaban paños de vidrio soplado emplomado, un lujo de palacios y catedrales, y la luz del Zenete entraba por ellos como un río de oro.

Los carpinteros ajustaban mis puertas de pino y nogal, los herreros bruñían mis clavos, cerrojos y aldabas, y el sonido del hierro se mezclaba con el canto de las grúas que se desarmaban sobre mi patio.

El bullicio de los años anteriores se transformó en calma.

El escribano Gonzalo de Baeza, que me había acompañado desde los primeros trazos de Lorenzo Vázquez de Segovia hasta los últimos planos de Michele Carlone, seguía anotando con letra firme los

pagos finales.

Sus pergaminos fueron el pulso de mi gestación. En ellos quedó escrito que trabajaron en mí cerca de seiscientos hombres, de los cuales unos doscientos cincuenta lo hacían a diario durante las fases más intensas.

Canteros, carpinteros, herreros, yeseros, mozos, arrieros y aprendices se sucedieron bajo mis muros, día tras día, en una coreografía de sudor y voluntad.

También quedó anotado que mi construcción ascendió a entre treinta y treinta y cinco mil ducados de oro, equivalentes a unos ocho o nueve millones de euros actuales, suma que abarcaba el transporte del mármol de Carrara, los jornales y los materiales del Zenete.

Fui una de las obras más costosas de mi tiempo, pero también la más osada.

Poco a poco, las cabrias se desmontaban, las plomadas quedaban colgando inútiles, y los hornos de cal se apagaban lentamente. Todo era recogida y limpieza, un orden final que anunciaba mi conclusión.

Vi cómo me vestían de gala: tapices flamencos cubrieron mis muros, alfombras de lana se extendieron sobre mis galerías y lámparas de hierro forjado colgaron de mis bóvedas. Los criados desplegaron cortinas, llenaban el aire con aroma de lavanda y cerraban puertas con llaves recién templadas.

Yo, que había sido durante tres años taller ruidoso y caótico, me convertía en residencia noble, lista para recibir a mi señor.

La tarde del 4 de junio, mi señor Don Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza recorrió mis salas y galerías junto a María de Fonseca y Michele Carlone.

Sus pasos resonaron suaves, lentos, solemnes.

No hablaron: su silencio fue bendición.

Y entonces supe que el sueño había terminado... y que yo había nacido.

En el amanecer del 5 de junio de 1512, Michele se detuvo en mi patio. La fuente, aún fresca de piedra blanca, reflejaba la luz dorada del Zenete. Carlone me miró en silencio, pasó la mano sobre el mármol y sonrió.

Yo sentí su alivio y su orgullo: en mí, lo militar y lo renacentista habían quedado fundidos para siempre, la fortaleza castellana y el ideal humanista italiano reconciliados en una sola obra.

Poco después, vi a Carlone montar su caballo. Giró la vista, me observó desde la ladera y alzó la mano en gesto de despedida. Detrás quedaban mis torres brillando al sol, mis muros recién encalados y el eco de tantos hombres que ya no volverían.

Carlone descendió hacia el horizonte, rumbo a Italia, y yo quedé aquí, en lo alto, custodiando el viento y la historia.

De Castilla heredé mi fuerza.

De Italia, mi alma de mármol.

De las manos moriscas, mi raíz profunda.

Y del Zenete, mi destino eterno.

Había nacido yo, el Castillo de La Calahorra, guardián del Marquesado del Zenete.

Mi cuerpo era el triunfo del arte sobre el tiempo, y mi voz... el eco eterno de quienes me dieron vida.